

JOSÉ INGENIEROS Y MANUEL UGARTE: ¿VISIONES EN PUGNA SOBRE LA RAZA ARGENTINA?

María Beatriz Schiffino

<https://ri.conicet.gov.ar/author/18086>

Introducción

Desde los aportes de la historia del pensamiento argentino y latinoamericano, nuestra propuesta plantea la necesidad de establecer un diálogo entre estos intelectuales que comparten preocupaciones comunes en relación a las definiciones identitarias que se están discutiendo en nuestro país en los primeros años del siglo XX: José Ingenieros y Manuel Ugarte.

Si, a primera vista, sus reflexiones pueden ser analizadas como contrapuestas, en clave de una interpretación binaria centrada en el eje divisorio: “positivismo–antipositivismo” o “positivismo versus modernismo” también es posible establecer convergencias que no refieren sólo a preocupaciones compartidas por intelectuales que han sido contemporáneos sino a la conformación de un discurso común que encontró en el uso del concepto de raza uno de los elementos centrales para comprender el pasado y el porvenir de los países americanos.

Efectivamente, la raza, constituyó en estos años un

concepto organizador de los discursos políticos e intelectuales, transformándose en una posible explicación de los males que aquejaban a las nuevas repúblicas americanas. En nuestro país, la racialidad adquirió así un sentido negativo, a tal punto que las políticas estatales promovieron a través del proyecto del trasplante poblacional el reemplazo de las poblaciones nativas, consideradas inferiores.

Sin embargo, cabe resaltar en este aspecto que, con la llegada de los inmigrantes a partir del proceso de inmigración masiva, la cuestión de la población, su mejoramiento y tratamiento, adquirió nuevas características, sugiriéndose que el nuevo componente poblacional (trasplantado) constituía un nuevo problema en la medida que la diversidad de razas, lenguas, culturas y creencias instauraba una nueva dificultad para la conformación de una nacionalidad argentina.

Si, en relación a los pueblos originarios, la solución a este problema pasaba fundamentalmente por la asimilación de las comunidades sometidas (por la fuerza) o, en otras propuestas, por esperar que, naturalmente, y como resultado de la acción del medio estas poblaciones desaparecieran, los inmigrantes debían ser integrados a través de la escuela pública por un conjunto de mecanismos, dentro de los cuales, la difusión de la educación patriótica constituyó uno de los más importantes.

Al mismo tiempo, la mezcla de razas diversas, característica central de los pueblos americanos, ya desde tiempos coloniales, era analizada como una de las causas fundamentales para comprender el atraso y la barbarie en comparación al modelo norteamericano, donde había predominado, por oposición, la no mezcla.

Efectivamente, este aspecto ha sido ya señalado por Biagini (2007) al afirmar que:

Dicha *mélange* o entrecruzamiento, habría dado lugar a una serie de taras somáticas e intelectuales, a una personalidad estéril, viciosa e imprevisora. Engendro que no sólo debía conservarse alejado de la participación política sino que había que fomentar althusianamente su extinción por cualquier medio (p. 2).

Como puede advertirse, el problema racial no constituyó un tema menor ya que sobre las características raciales de la población recaía tanto la esperanza de una regeneración que pudiera mejorarla como, por el contrario, su condena.

En este ensayo, nuestro aporte refiere al análisis de los textos de Ugarte e Ingenieros aquí seleccionados, como expresiones diferenciadas de las formulaciones identitarias sobre la nacionalidad y la raza en la Argentina, teniendo en cuenta que en los textos de estos intelectuales encontramos formas divergentes de pensar la nacionalidad en clave racial en el período bajo estudio. Siguiendo este objetivo, es necesario distinguir entre un pensamiento como el de Ingenieros, quien claramente postuló la división de la humanidad en razas superiores e inferiores, promoviendo inclusive las políticas de exterminio hacia las consideradas entonces “razas inferiores” y, por otro lado, un discurso como el que expone Ugarte que, en su caso, encuentra en la mezcla racial un elemento positivo y original para pensar la identidad argentina y latinoamericana.

En el presente, nuestras realidades sociales no están exentas de discursos políticos que entrelazan la presencia de lo racial a las explicaciones sobre nuestro (im) posible desarrollo, persistiendo interpretaciones sobre nuestra sociabilidad y politicidad que atribuyen a determinadas características poblacionales, la persistencia de elementos que dificultan la conformación de verdaderas repúblicas en pleno siglo XXI. Sostenemos entonces que, ahondar en los textos aquí presentados, podrá ayudarnos a comprender la vigencia de los discursos sobre la racialidad argentina que expresan en el presente la persistencia de relaciones de poder coloniales.

La mixtura como pecado original

La referencia a Domingo F. Sarmiento es ineludible para analizar la consolidación de la matriz blanca – europea que va a perdurar hasta el presente como discurso sobre la racialidad argentina. En su libro *Conflicto y Armonías de las razas en América*, publicado en 1883, su autor establece de manera sistemática el discurso de la racialidad negativa en la Argentina y la América no anglosajona a partir del reconocimiento del mestizaje como origen de los males de nuestras naciones. La mezcla de razas brota, en el discurso de un Sarmiento ya envejecido, como la causa que explicaba la imposibilidad del orden político republicano en la región.

Por otro lado, en *Facundo*, escrito casi 40 años antes –y en un contexto de preocupaciones y ocupaciones políticas bien diferentes para el autor– la referencia a la barbarie es apuntada en relación a los “indios”, como bien señala

Ansolabehere (2012) en su estudio sobre Facundo¹. Sin embargo, hacia 1883, este aspecto se convertirá en determinante para explicar los conflictos políticos de la región desplazándose así las argumentaciones basadas en el factor ambiental. En la carta prólogo dedicada a Mary Mann con la que abre su obra de 1883, expresaba:

En “Civilización y Barbarie” limitaba mis observaciones a mi propio país; pero la persistencia con que reaparecen los males que creímos conjurados con adoptar la Constitución federal, y la generalidad y semejanza de los hechos que ocurren en toda la América española, me hizo sospechar que la raíz del mal estaba a mayor profundidad que lo que accidentes exteriores del suelo lo dejaban creer. U. conoce lo que pasa en el Pacífico desde Chile hasta el Ecuador, penetrando hasta Bolivia, tiene más cerca el espectáculo que presentan Méjico y Venezuela, en cuanto a realidad de sus proclamadas instituciones, y necesito darle una ligera idea, por estar más distante, de lo que pasa por acá y motiva estos estudios... (Sarmiento, 1915, p. 44).

Sin dejar de reconocer la persistencia de preocupaciones que el autor ya encuentra en sus primeras obras, recurrirá a la autoridad científica de un conjunto de autores que suscriben a la división de la humanidad en razas superiores

1 Señala Ansolabehere que “La primera vez que el término aparece en Facundo es para hacer referencia a la *barbarie indígena* entendida ésta como uno de los elementos propios del atraso americano que contribuyen a explicar el fracaso del proyecto liberador y progresista iniciado con la revolución de mayo” (2012 p. 242).

e inferiores, aspecto este último que sí parece estar ausente en *Facundo*. De este modo, aun cuando en ese texto sea posible encontrar afirmaciones claramente despectivas referentes a las poblaciones originarias, el problema racial no parece constituir todavía el elemento sobre el que van a recaer, poco tiempo después, las causas que expliquen la trabas para el desarrollo civilizatorio en nuestro país. La novedad central del texto de 1883 es entonces que, para explicar el atraso de las instituciones políticas en la región, la clave ya no reside exclusivamente en el desierto y las características del ambiente físico y social sino en la constitución racial de los pueblos hispanoamericanos y en esa población mixta que Sarmiento mira con desconfianza y que, evalúa, constituyó la base social y política del caudillismo en la región.

La inestabilidad política encuentra sus causas principales en esa hibridación que aconteció entre españoles e indígenas a partir de la conquista y que Sarmiento desaprueba terminantemente. El conflicto de razas no radica entonces sólo en la presencia de poblaciones atrasadas o salvajes que Sarmiento describirá despectivamente a lo largo de la obra, sino principalmente, en esa nueva raza formada por la mezcla entre nativos y españoles que caracterizó a la colonización latina en América. De esta manera, el racialismo de Sarmiento dispara tanto contra las características de la población nativa, identificadas como inferiores, ociosas y mentirosas, pero principalmente, contra las derivaciones de la experiencia colonial en la región y su consecuencia más preocupante de acuerdo al autor: el mestizaje.

Como puede advertirse a largo de toda la obra, esboza una clara denuncia de las consecuencias de la colonización española en tanto ésta se caracterizó por amalgamarse con esa población originaria, caracterizada siempre desde la negatividad (Fernández Bravo, 2012).

En este sentido y, contraponiendo la experiencia anglosajona a la española, encuentra en el respeto por los preceptos religiosos la fortuna del pueblo norteamericano, en oposición a los países hispanoamericanos. De este modo, cuando se pregunte en qué elemento ubicar las diferencias entre uno y otro tipo de colonización concluirá que los segundos “... no incorporaron a las razas indígenas ni como socios ni como siervos en su constitución social” (Sarmiento, 1915, p. 449), colocando, de este modo, el elemento racial y la hibridación en factores centrales de su análisis, aspectos que le permitirán explicar las dificultades políticas y sociales propias de la región.

De este modo, podemos afirmar que, cuando Sarmiento se pregunta cuál es nuestra identidad para concluir que somos algo mestizo que nadie quiere ser, inscribe su discurso en la punta de lanza de ese “mestizaje etnocida” (Segato, 2010) que consideró a la racialidad americana como resultado de ese pecado original que fue la unión entre conquistados y conquistadores y que trajo como consecuencia un conjunto de hábitos, costumbres y formas de sociabilidad anómalas respecto del patrón europeo-norteamericano.

Al sur del Río Bravo, Sarmiento describe a las poblaciones por su no blanquitud para señalar asimismo que el proceso de mixtura producido nos excluye de cualquier

tipo de pureza racial, desde esta perspectiva, somos los no blancos, los no indios, los no negros, en tanto, –siguiendo al por entonces muy leído Joseph Arthur de Gobineau– nuestras poblaciones han degenerado como resultado de la mezcla racial. ¿Mixtos? Se cuestionaba Sarmiento, para responder, sin dudarle que nadie quería serlo. La americanidad es definida por negación, en clara oposición a las características positivas que presenta la raza anglosajona.

Si Estados Unidos es, en el pensamiento del autor, sinónimo de república, tolerancia y libertad, los países del continente americano (con la excepción norteamericana) constituyen, en mayor o menor medida, su contracara: despotismo, intolerancia, fanatismo, hibridación, mestizaje.

Esta interpretación sistematizada por Sarmiento² será retomada en un diálogo intertextual por otros autores que van a reafirmarla, como es el caso de José Ingenieros en su obra *Sociología Argentina* (1918). O, por el contrario, será cuestionada por quienes encontrarán en el mestizaje

2 No pude subestimarse tampoco el elemento racial que subyace en las ideas de Juan B. Alberdi. Aunque se trate de un texto político, abocado al diseño institucional del futuro estado argentino, en *Las Bases* se indica que el antagonismo entre salvajes y europeos no existe en la Argentina para concluir que “nosotros somos europeos de raza y de civilización, somos los dueños de América” (Alberdi 1974, p. 85). Por su parte, en *Sociología Argentina* Ingenieros reivindica la interpretación alberdiana porque, para el autor, se expresa allí con claridad una visión de lo americano que había sido sostenida por “todos los grandes hombres americanos” pero sistematizada por el tucumano. La tesis de Alberdi, nos dice Ingenieros, es que la civilización americana “no era la indígena, la autóctona, la de los hombres de color que habitaban el territorio antes de la primera inmigración europea; su civilización era la de Europa, de donde habían venido y seguirían viniendo” (1961, p. 194).

propio de América una virtud y no la causa de los males políticos locales, tal como es el caso de Manuel Ugarte y de otros intelectuales que desde una matriz americanista van a desandar el camino iniciado por el positivismo vernáculo, característico de la segunda mitad del siglo XIX argentino.

De todos modos, aun señalando estos elementos que distinguen a nuestro entender dos grandes tradiciones intelectuales en la Argentina, subyace en ambas la utilización del concepto de raza en un uso que puede ser extensivo a las categorías de pueblo, nación e identidad. La raza es analizada como elemento que identifica y diferencia a una nación en relación a factores que no se reducen a los aspectos fenotípicos, aunque los incluya. La raza son las tradiciones culturales, los valores, las costumbres y el idioma que identifican a un pueblo definido en singular.

Si bien autores tan diferentes como Ingenieros y Ugarte tienen una visión claramente opuesta sobre la historia local y no comparten por igual la aceptación de la división de la humanidad en razas superiores e inferiores, tiende a predominar una visión monocultural de la raza argentina, ya sea, como resultado del proceso de blanqueamiento en Ingenieros o como resultado del proceso de mestizaje en Ugarte. Advertimos asimismo que, en el caso de Ugarte, es posible observar una inclinación o viraje hacia una concepción optimista de la racialidad americana, ausente por el contrario en la matriz cientificista que encontramos de manera incipiente en la obra de Sarmiento y, ya consolidada, en la de Ingenieros.

José Ingenieros y la pasión nacionalista

José Ingenieros (1877/1925) nació en la ciudad de Palermo, Italia. La militancia política de su padre lo llevó al exilio en nuestro país donde residió hasta su temprana muerte. Si bien los primeros años de su juventud estuvieron marcados por su participación en las filas del Partido Socialista junto a figuras como la de Leopoldo Lugones, con quien dirigirá el periódico socialista “La Montaña”, a principios del siglo XX renunciará al mismo tras haberse distanciado de la organización pocos años antes.

Comenzará desde entonces un acercamiento a las instituciones estatales en las que se desempeñará ocupando cargos de relevancia, primero como Jefe de Clínica en el Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires y como Director del Instituto de Criminología en 1907. Su enfrentamiento público con el entonces presidente Sáenz Peña lo llevará a abandonar el país, retornando recién en 1914.

Las consecuencias de la primera guerra mundial y el impacto de la revolución rusa lo llevaron a sostener una postura auto definida como antiimperialista en la región. Comprometido, luego, con la Reforma Universitaria acontecida en 1918, el legado intelectual y político de Ingenieros es sin duda mucho más rico de lo que podríamos desarrollar en este artículo que se limita al estudio de sus ideas en el período que se cierra en nuestro país con la eclosión de la “Gran Guerra”.

En este sentido, nos interesa centrarnos especialmente en repasar cómo en el discurso de Ingenieros se postula la

imagen de una raza argentina en formación a través del análisis de un conjunto de artículos publicados entre los años 1900 y 1915. En estos trabajos establece un diálogo que creemos relevante en torno a la cuestión de la raza y la nacionalidad en nuestro país con otros autores, entre los que se cuentan tanto Sarmiento como Carlos O. Bunge y el mendocino Agustín Álvarez.

De esa manera, retomando un grupo nutrido de trabajos que lo antecedieron en torno a esta cuestión, Ingenieros expondrá sus propias reflexiones respecto de la relación entre raza y nación, aunque será en su obra *Sociología Argentina* donde expondrá sus ideas más significativas en torno a la cuestión racial en nuestro país, sosteniendo la hipótesis del carácter formativo de la raza argentina.

Anticipando las ideas que desarrollará en *La Formación de una raza argentina*, publicado en 1915, Ingenieros se sumará al concierto de voces que plantearon el innegable destino blanco de la nación argentina en formación en un artículo destinado a analizar la situación de nuestro país en el contexto internacional ante el fenómeno del imperialismo. De ese modo sostendrá que –a diferencia del resto de los países de la región– la Argentina se encontraba en una situación privilegiada a partir del análisis de un conjunto de indicadores económicos que demostraban, para el autor, la clara superioridad de nuestro país.

Del estudio de los cuatro factores que, de acuerdo a Ingenieros, determinan el porvenir de las nacionalidades: la extensión, el clima, la riqueza natural y la raza, llegará a sostener la clara superioridad de la Argentina sobre el resto de las naciones del Cono Sur. Ingenieros compara a nuestro

país con Chile y Brasil para concluir que si el primero se encuentra en desventaja por poseer un territorio pequeño “amurallado por los Andes y ahogado por el Océano” (Ingenieros, 1961, p. 49), con el segundo acontece algo similar, pero encontrando la causa de su debilidad en su población, en un clima que además no favorecería sino excepcionalmente la asimilación de las razas blancas. Siguiendo esta perspectiva, señalaba que: “los países en que abunden el negro y el indio no pueden preponderar sobre otros donde [...] son objetos de curiosidad” (Ingenieros, 1961, p. 50).

Para Ingenieros, la formación de la nacionalidad depende del componente racial de esa población, si una nación es el espacio donde se desarrolla la lucha por la vida y las razas “negras e indias” constituyen razas inferiores, quedará cuestionada la posibilidad de una nacionalidad allí donde la población está compuesta en su mayor parte por aquellos elementos³.

En su artículo *La Formación de una raza argentina* se abocará a fundamentar su tesis del Río de la Plata “como centro de irradiación de una futura raza neo-latina que se está formando en la zona templada de Sud América”, complementando de este modo algunas de las ideas expuestas en trabajos previos (Ingenieros, 1961, p. 48). La historia del

3 En diferentes textos Ingenieros expresa su opinión favorable a la división de la especie humana en razas estableciendo entre ellas una jerarquía que ubicaba a los “indígenas americanos” y a los “negros” en condiciones de inferioridad respecto de la “raza blanca”. En este sentido, en las Crónicas de Viaje, publicadas en el diario *La Nación* entre 1905 y 1906, podía afirmar respecto de “los negros importados a la colonia que eran una oprobiosa escoria de la especie humana” (Fernández, 2009, p. 22).

país se transforma así en una historia de la lucha de razas, es decir, de las migraciones que se fueron superponiendo en el territorio nacional para formar una nueva raza; concepto que Ingenieros define como una “sociedad homogénea cuyas costumbres e ideales permiten diferenciarla de otras que coexisten con ella en el tiempo y la limitan en el espacio” (Ingenieros, 1961, pp. 246–247).

El objetivo que persigue el autor es estudiar ese proceso de sustitución de unas razas por otras, sustitución de las razas originarias por la raza blanca y que dará como resultado un nuevo tipo de sociedad que irá reemplazando a la autóctona; el tipo de organización política y sus instituciones variará entonces también de acuerdo a la constitución racial de la población, pudiendo explicar así las diferentes etapas en el desenvolvimiento político de nuestro país de acuerdo a la preponderancia de uno u otros de aquellos elementos.

Transfusión étnica y nacionalidad

Volviendo a los factores que explican la constitución diversa del continente americano, el clima adquiere un lugar central en el planteo del autor en tanto es analizado como factor que determina la constitución racial de la nacionalidad en los diferentes países de la región, caracterizando a las zonas de clima templado como las únicas en las que podrá llevarse adelante ese proceso adaptativo de las razas blancas y la consiguiente sustitución de las autóctonas por aquellas.

Para Ingenieros, desde México hasta Bolivia (zonas

tropicales) ese proceso sustitutivo resulta imposible, en tanto, las razas blancas no podrán adaptarse a ese ambiente. El estudio de las primeras migraciones en el continente a partir de la conquista lo lleva así a sostener que ese proceso sustitutivo de las razas indígenas por la inmigración blanca se produjo en la región americana de manera desigual debido a tres causas que analiza: la desigual civilización de las sociedades indígenas, la desigual civilización de las sociedades conquistadas y “... la desigualdad del medio físico a que vivían adaptadas aquellas y a que estas procuraron adaptarse” (Ingenieros, 1961, p. 248).

En ese sentido, concluye que en aquellas regiones donde los indígenas habían logrado una mayor civilización en sus sociedades coincide con climas tropicales en los que los blancos difícilmente pudieron adaptarse (México constituye el mejor ejemplo para el autor), en oposición a las zonas templadas donde predominó la adaptación del blanco al ambiente y en donde, además, la conquista de las poblaciones autóctonas resultó una tarea menos ardua para los conquistadores, en tanto, esas poblaciones originarias vivían –de acuerdo a Ingenieros– en una situación de escaso desarrollo civilizatorio.

Como resultado, evalúa que la conquista generó dos situaciones, una característica de las zonas templadas, donde las razas blancas europeas, más civilizadas, fueron sustituyendo a las razas cobrizas indígenas menos civilizadas debido a las condiciones isotérmicas con las de sus países originarios y, otra, propia de la zona intertropical del continente donde las “razas originarias” estaban mejor adaptadas a las condiciones climáticas que las blancas. Por lo tanto,

éstas no lograron sustituir a los indígenas, formándose así un tipo de nacionalidad claramente diferenciada del resto de las regiones donde predominó la raza blanca: sur de Brasil, Río de la Plata, Chile y Uruguay, constituyéndose la zona de América templada meridional en oposición, tanto a la América templada septentrional como a la América intertropical, en lo que refiere a su conformación étnica.

El autor concluye que es la adaptación de las razas blancas propiciada por el ambiente local el elemento que determinará en el futuro la formación definitiva de una nueva raza argentina. Sin embargo, reconoce que la existencia de ese núcleo racial homogéneo solo puede ubicarse en el Río de la Plata y algunas zonas del Litoral y Cuyo, señalando así que en el interior de un estado político conviven diferentes razas, que no forman de ningún modo parte de la nacionalidad argentina en formación.

La raza propiamente argentina es, de este modo, la raza blanca trasplantada en América, proceso iniciado a partir de la conquista y continuado con el aluvión inmigratorio acontecido a lo largo del siglo XIX.

De esta manera, indicaba que no forman parte de la sociedad nacional todos los habitantes de su territorio, sino los que presentan homogeneidad social y cultural; o, en palabras del mismo Ingenieros: unidad de civilización. Unos años antes y, en un sentido muy similar, había indicado que en nuestro país: “los restos de indígenas se encontraban refugiados en zonas que de hecho eran ajenas a la nacionalidad aun cuando habitasen su territorio político” (Ingenieros, 1961, p. 50).

Desde la lectura que nos presenta Ingenieros, los

pueblos originarios constituyen parte del elemento extranjero, ajeno en todo sentido a la nacionalidad. Sostenemos así que, en los trabajos del período, el autor se propone justificar el imperioso destino racialmente puro, blanco y europeo de nuestro país. En este sentido, disparará contra la escritura de Carlos Octavio Bunge al señalarle que la europeización constituía un hecho inevitable en las zonas templadas habitables por las razas blancas. Desde el punto de vista de Ingenieros, el reemplazo de unas razas por otras se realizaría como resultado de causas ajenas a nuestro deseo, en tanto “los agregados sociales más evolucionados se sobreponen a los menos evolucionados, toda vez que consiguen adaptarse al ambiente en que se plantea la lucha entre ambos” (Ingenieros, 1961, p. 87).

La lucha de razas explica el desarrollo político del país y consolida el desenvolvimiento progresivo de una nacionalidad que Ingenieros ubica en el futuro. La nacionalidad, nos dice, es una raza por venir, aclimatada al medio local. Retoma de este modo los postulados de Alberdi referidos al trasplante poblacional, y, por el otro, el ideario sarmientino de civilizar a través de la educación, en tanto, la incultura de las “masas indígenas y mestizas” serán para el autor las fuentes de que se alimentarán los regímenes políticos despóticos y, por lo tanto, constituyen una amenaza contra todo intento de establecer gobiernos libres y democráticos en la región (Ingenieros, 1961, p. 240).

Dos fuerzas concurren a formar esa nueva raza argentina: el trabajo y la cultura. Elementos que serán aportados por esas masas inmigratorias a las que él mismo pertenecía y que, auspiciosamente, encuentra en ascenso de acuerdo a

las estadísticas ofrecidas por los censos nacionales de 1895 y 1914 y, a partir de los cuales, puede afirmar la exitosa tarea de transfusión étnica regeneradora para la región. Podemos sostener entonces que en su pensamiento encontramos una concepción de la raza como proceso formativo que aún no ha concluido y cuyos elementos encuentra sólo en el futuro. Al respecto, Mónica Quijada (2004) señala que aunque las construcciones identitarias tienden a legitimarse buscando sus raíces en el pasado remoto, en el caso de Ingenieros se trató más bien de la aceptación de que la tradición nacional no estaba situada en el pasado sino fundamentalmente en el futuro. En este sentido, cerraba las páginas de su *Sociología Argentina* afirmando:

Hemos pronunciado expresamente la palabra tradición. Una tradición argentina existe: no es la indígena, no es la colonial...Todos los que sintieron y pensaron la argentinidad hablaron del porvenir. Ningún pensador argentino tuvo los ojos en la espalda ni pronunció la palabra ayer. Todos miraron al frente y repitieron sin descanso: mañana... (Ingenieros, 1961, p. 265).

Un *demos* blanco

Si como hemos venido sosteniendo la raza argentina es imaginada como resultado de la incorporación del elemento extranjero, la población no blanca es excluida de esa identidad. Ingenieros no escatima palabras para describir lo que considera la inevitable y deseable paulatina desaparición física de “indios y negros” debido a causas naturales

que se relacionan con su inadaptación al ambiente en las zonas templadas. Podemos afirmar que esta población constituye, para el autor, parte de los habitantes del territorio nacional a la que será necesario “dejar morir” en tanto esa pérdida constituirá un beneficio para la formación de nuestra nacionalidad futura. De este modo, la formación de una raza argentina está sujeta al exterminio definitivo de aquellas razas caracterizadas como inferiores.

En este marco cobra un sentido particular la distinción que establece entre habitantes y nacionales al afirmarse que la nacionalidad no constituye un atributo que comparten todos los habitantes que residen en un territorio político sino sólo de aquellos que participan de ciertos elementos comunes de civilización y cultura.

Desde nuestro punto de vista, la afirmación es central para comprender las ideas del autor, en tanto, sostiene una concepción claramente culturalista de la nación que permite distinguir hacia el adentro de las fronteras nacionales quiénes pueden ser aceptados como verdaderos miembros de esa comunidad política y quiénes no, estableciendo de ese modo un criterio selectivo en torno a quiénes son los nacionales y quiénes los extranjeros, pero que no necesariamente coincidía con los criterios jurídicos que afirmaban la nacionalidad argentina de todas las personas nacidas en el territorio nacional sin ningún tipo de distinciones, de acuerdo al principio del *ius solis* que caracterizó la legislación sobre nacionalidad y ciudadanía en nuestro país. Por el contrario, para Ingenieros, las poblaciones nativas son extrañas a nuestra nacionalidad no sólo porque pertenecen a una raza diversa a la blanca-europea y tienden además

a desaparecer por su inadaptabilidad al ambiente, sino porque no comparten los elementos de cultura y civilización que posibilitan la homogeneidad hacia el adentro de la comunidad política. Es posible afirmar entonces que no hay en el planteo del autor ninguna intención de formular un proyecto de tipo integracionista hacia aquellos sectores poblacionales que considerará como resabios de un pasado ajeno a nuestra identidad.

En la medida que la raza demanda en Ingenieros homogeneidad de costumbres e ideales entre los habitantes de un territorio, las poblaciones originarias quedarán totalmente excluidas de la nacionalidad en formación en tanto constituyen parte de esa alteridad que de manera natural irá desapareciendo de nuestro país. De ese modo y, con el paso del tiempo, su inadaptación al ambiente las hará cada vez más minoritarias y, por lo tanto, poco representativas de nuestra identidad blanco-europea.

Ingenieros justifica sus afirmaciones a partir de la comprobación del progresivo crecimiento de la población de origen europeo en la conformación étnica del ejército y del padrón electoral, constituyendo estos datos los principales indicadores de que ese proceso de regeneración étnica que propone tiene también su correlato político. Así señalará, auspiciosamente:

El ejército actual [...] está compuesto por ciudadanos blancos salvo en pocas regiones todavía muy mestizadas. Asistiendo a un desfile de tropas, creemos mirar un ejército europeo [...] los soldados saben leer [...] ningún jefe podría contar ciegamente con ellos para alzarse contra las

autoridades civiles o subvertir el orden político. Esa es la más firme expresión de la nueva nacionalidad argentina: en vez de indígenas y gauchos mercenarios, son ciudadanos blancos los que custodian la dignidad de la nación (1961, p. 263).

Si los pueblos originarios no constituyen parte de los grupos poblacionales a integrar, en la medida que el mismo proceso modernizador terminará por excluirlos, van a ser las muchedumbres urbanas las que demandarán la mirada positivista destinada a discriminar los límites entre lo normal y lo patológico. A esta tarea se abocará Ingenieros desde el Servicio de Observación de Alienados de la Policía de Buenos Aires y, a partir de 1907, desde el Instituto de Criminología anexo a la penitenciaría nacional.

La cuestión nacional entronca así con la llamada cuestión social⁴ en tanto las multitudes urbanas constituyen ese nuevo sujeto social moderno que debe ser observado cuidadosamente a los fines de discernir quiénes podrán ser incorporados a la nacionalidad y quiénes no. Aún cuando sea innegable el carácter restrictivo de esa integración nacionalista que Ingenieros propone, su obra *Sociología Argentina* denota la intención modeladora de la nacionalidad sobre esas masas compuestas por inmigrantes de origen europeo:

4 La oposición de Ingenieros a la ley de residencia puede ser consultada a través de su artículo "Legislación del Trabajo en la Argentina", allí resume su posición respecto del proyecto de ley nacional del trabajo redactado por Joaquín V. González. Expresa también su desacuerdo con la Ley de Residencia, distanciándose de las opiniones que identificaban a la inmigración con la delincuencia y el anarquismo.

Un sentimiento nacional se forma y define poco a poco en las clases más ilustradas, refundiéndose en él los antiguos sentimientos localistas de la época feudal. Esa unificación mental de los descendientes de la antigua inmigración conquistadora, coincide con un fenómeno paralelo, aunque más importante numéricamente, fácil de observar en los nuevos descendientes de la nueva inmigración colonizadora que son ardientemente argentinos y asimilan rápidamente los rasgos esenciales de la mentalidad nacional (Ingenieros, 1961, p. 47).

Como han señalado investigaciones precedentes, la propuesta de Ingenieros –hijo de una familia italiana residente en la Argentina– reivindicaba el rol de los extranjeros en esa nueva nacionalidad en formación en clara oposición a los relatos nacionales que, como el de Ricardo Rojas, no tenían otro objetivo que legitimar el rol directivo de las viejas élites criollas (Degiovanni, 2007, p. 243).

Su ferviente oposición a la Ley de Residencia, promulgada en 1902, ubica a Ingenieros como un claro opositor a las políticas antiinmigratorias sostenidas por importantes sectores de la “política criolla”. De este modo, cuestionaba aquella normativa por considerarla una ley fundamentalmente anti anarquista destinada a causar perjuicios serios contra algunas de sus víctimas, implicando verdaderos atentados contra algunas garantías elementales de la constitución argentina (Ingenieros, 1961, p. 146).

Desde nuestro punto de vista, la posición de Ingenieros ante la ley de Residencia puede explicarse tanto por su pasada participación dentro del partido socialista como

por su convicción de que esos elementos extranjeros sobre los que recaía la ley conformaban la base principal de esa nueva nacionalidad en formación. Como ha señalado Graciela Ferrás sobre la cuestión:

... extranjero significa aquí el aporte de brazos productivos al sistema capitalista, la mitigación de la inferioridad étnica aborigen y la posible fuente de virtud cívica, que constituye la base de legitimación de la “nueva democracia”, produciendo la unidad de espíritu y de ideales necesarios a la nacionalidad. Lejos de incluir en sus intersticios el fantasma de la simulación, la valoración positiva del inmigrante como sujeto social, político y racial muestra la “mirada inmigrante” de Ingenieros, interesada en las cosas nacionales... (Ferrás, 2006, p. 158).

Diferenciándose claramente de mucho de sus contemporáneos, el inmigrante no constituye una amenaza en sí mismo, por el contrario, es principalmente motor del progreso en más de un sentido. En primer lugar, porque colaborará como fuerza de trabajo en el desarrollo económico y productivo del país y, en segundo lugar, porque con sus aportes regenerará la “raza” a través de las nuevas generaciones. Finalmente, el inmigrante es imaginado como el nuevo sujeto político capaz de fundar una renovada democracia en el contexto de ese orden político conservador impugnado tanto por nacionales como por extranjeros. Así lo sostenía, al afirmar que:

La política argentina ha sido durante el siglo XIX el monopolio de una clase social, propietaria de la tierra, a cuyo lado vivían turbas de mestizos que nunca fueron una clase media ni un proletariado [...] al pasar de la fase feudal a la agropecuaria, el porvenir político ha cambiado por la incorporación de una gran masa inmigratoria de raza blanca; sus descendientes, ya enriquecidos, se van incorporando a la clase capitalista en formación y serán más bien hostiles a las oligarquías feudales [...] De ello se infiere que la política conservadora concentrará las fuerzas de las oligarquías feudales, y los nuevos argentinos de sangre europea que se incorporen a la nacionalidad se inclinarán a una política liberal-radical. Desde este punto de vista, la inmigración europea, después de haber contribuido con sus brazos a desenvolver las fuerzas económicas del país, contribuirá con sus hijos al saneamiento de la política nacional (Ingenieros, 1961, p. 44).

Ingenieros repone de ese modo el rol civilizatorio del inmigrante, ya sea como fuerza de trabajo, recordemos que para el autor el trabajador extranjero es laborioso en oposición al criollo y, por otro lado, como sujeto político capaz de sanar la “política criolla”. La posibilidad de una nacionalidad para el país descansa así en la idea de que ésta se producirá de manera inevitable y por la adaptación de la raza blanca.

En tanto ese proceso se encuentra estrechamente ligado a la conformación de una racialidad blanca de origen europeo, el planteo de Ingenieros se inscribe dentro de los discursos racialistas sobre la nación, pero sin excluir por esto a la cultura como elemento central de la nacionalidad

argentina. La formación de una raza supone, por el contrario, integrar al elemento extranjero en su dimensión tanto étnica como cultural.

Los planteos desarrollados hasta aquí nos permiten sostener que en Ingenieros es posible observar la aceptación de las ideas que caracterizarán al racismo eugenésico de acuerdo a la clasificación realizada por Taguieff (2010, p. 33). Desde esta perspectiva, la raza no constituye un elemento originado en la naturaleza, sino que es fundamentalmente un producto creado por la voluntad de los hombres. Al respecto, señala el autor que ese programa seleccionista que caracteriza al racismo eugenésico sólo puede ser realizado a través de un estado fuerte e incluso autoritario que origine, a través de la zootecnia, a ese “hombre nuevo o superhombre” que salvará a la raza de su degeneración.

En tanto poseedoras de los saberes científicos requeridos para lograr tales fines, las élites cumplirán un rol fundamental en la Argentina del “orden conservador”. Sobre esos sectores recaerán las responsabilidades reformistas / regeneradoras que, alternativamente, desde el campo jurídico, educativo y médico se propondrán intervenir sobre la población a los fines de crear la nueva “raza argentina”.

En este sentido, la propuesta de Ingenieros en torno al rol fundamental de los inmigrantes debe inscribirse en el marco de las políticas reformistas encaradas por el estado argentino a partir de la emergencia de la denominada “cuestión social⁵”.

5 El término se refiere al conjunto de consecuencias sociales del proceso de inmigración

No parece presentarse entonces contradicción alguna entre la formulación de la hipótesis de una “raza” argentina en formación que eliminará, por un proceso de selección natural, a aquellos elementos inadaptables al ambiente y, por otro lado, la convicción de que esa raza deberá ser, al mismo tiempo, el producto de la intervención de las élites. En tanto, sostenemos, que será sobre los componentes adaptables a la nacionalidad en formación que las élites locales modelarán a los nuevos ciudadanos a través de la conformación de una eugenesia social destinada a las multitudes argentinas.

Fusión Latina

En este clima ideológico y político se destaca la publicación de la obra de Manuel Ugarte (1875/1951) que hemos seleccionado para este trabajo: *El porvenir de la América Latina*, publicado en 1910. Recordemos asimismo que Ugarte adhirió al partido socialista argentino y fue representante del mismo en el Congreso de la II Internacional en Ámsterdam (1904) y Stuttgart (1907) con lo que sus ideas se inscriben también dentro de las corrientes políticas anti-imperialistas junto a otros intelectuales. Sin embargo, las desavenencias con la dirigencia del Partido Socialista lo alejarán de sus filas. De todos modos, proseguirá a lo largo de toda su vida, a través de la escritura y

masiva, urbanización e industrialización que transformó al país entre los años 1890 y 1914. Ver: Zimmermann, Eduardo (1995, p. 11.)

la política, expresando sus ideas antiimperialistas⁶ en clave de un socialismo nacional.

El pesimismo característico de aquellas lecturas que, bajo el tamiz del positivismo⁷, observaban en la mezcla racial una dificultad para el desarrollo de los pueblos americanos, será moderado por Ugarte en una clara interpretación de la historia de los países latinoamericanos que augura un porvenir de progreso en la medida que se produzca la unidad de las naciones que forman parte de este continente con el fin de ponerle un coto al “peligro yanqui”⁸.

En ese arco de preocupaciones, el uso del concepto

6 Junto a otros intelectuales argentinos y latinoamericanos, entre quienes sobresalen los nombres de: José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones, Delmira Agustini y Amado Nervo, Manuel Ugarte formó parte del grupo que Oscar Terán (1986) denominó como el primer antiimperialismo latinoamericano.

7 Margarita Merbilhaá señala que “... el aspecto más complejo de *El porvenir de la América latina*, desde el punto de vista retórico, gira en torno a la adopción del paradigma positivista que hacía confluír un enfoque historicista inspirado en el darwinismo social, con una perspectiva antropológica psicológica centrada en la caracterización racial, divulgado por Le Bon. Como es sabido, el desarrollo de dicho paradigma se venía consolidando, desde fines del siglo XIX, en los estudios sociológicos de varios miembros de la élite letrada mayores que Ugarte, como Ramos Mejía, Ernesto Quesada, Juan Agustín García, Carlos Octavio Bunge o José Ingenieros, a los que el autor lee y llega incluso a reseñar. En sus trabajos, ellos habían aplicado nociones lebonianas y lombrosianas a las sociedades locales. Pero inclusive, la clasificación y tipificación de los distintos pobladores se entronca también con la tradición sarmientina del Facundo” Merbilhaá. M. (2011, p. 196).

8 La expresión corresponde al título del artículo publicado por Ugarte en 1901 en *El País de Buenos Aires*.

de raza adquiere en Manuel Ugarte un nuevo sentido, resignificándose su uso cientificista. Sostenemos que en el discurso ugartiano, el uso científico de raza debe ser analizado como subordinado a una interpretación política de la historia americana y argentina que pone el foco en las relaciones de poder imperialistas entre los estados. En ese camino, si bien retoma el concepto de raza y reconoce la existencia de las razas como un hecho de la realidad, le otorga a la “lucha de razas” un sentido claramente diferente al establecer, como eje de su análisis, el problema de la dominación política y del imperialismo.

La escritura de *El porvenir de la América Latina* cobra relevancia porque allí su autor realiza una síntesis de las nuevas ideas emergentes sobre la identidad argentina para proponer que esa unidad latinoamericana es posible por la raza y la cultura común pero también necesaria para conformar un bloque de poder latino al imperialismo anglosajón en la región. De ese modo, desarrolla la idea de originalidad americana como virtud y como condición para la sobrevivencia de las razas latinas frente al imperialismo anglosajón, amenaza que vislumbra como problema urgente para los países de la región.

En este sentido, Ugarte retoma, junto a otros intelectuales contemporáneos, la influencia hispánica como componente positivo y común a las naciones americanas. Distanciándose de Sarmiento y, en general, de toda una larga tradición de discurso que encontraba en la herencia hispánica las claves interpretativas de los fracasos de la organización política, para Ugarte, es necesario superar esa mirada pesimista.

América es analizada como fusión racial desde los inicios de la obra. La raza americana presenta, desde esta perspectiva, un conjunto de elementos que nombra en el texto: los indios, los españoles, los mestizos, los negros y los mulatos, incluyendo también la variante portuguesa.

En relación a la “raza india”, denuncia en primer lugar la crueldad de la empresa colonizadora, aunque al mismo tiempo, no deja de esbozar una interpretación que ubica esa experiencia en un proceso evolutivo inevitable para la historia de la humanidad. Al mismo tiempo señala la existencia de una lucha que no caracteriza a partir de la dicotomía razas inferiores–superiores, sino entre civilizaciones conquistadoras–civilizaciones conquistadas. Aun así, no deja de esbozar una interpretación de los pueblos originarios como restos, pasados de la nación, al afirmar:

De las antiguas civilizaciones sólo quedan hoy en determinados lugares algunas ruinas célebres y un mar de hordas somnolientas que cultivan los campos al margen del ferrocarril, en los confines últimos. En su realidad, en su fondo, el dueño de ayer no existe. Si la primitiva pujanza tomó un tiempo la forma de bandolerismo, si el hijo de América se desencadenó en una nube de caballos en desorden sobre las aldeas minúsculas para arrasarlo todo y desaparece con los cautivos entre una aureola de sangre, bajo el dosel del día, sólo fue porque no hay muertes sin convulsiones y tenía que dar forma a la suprema crispación de la raza. Pero en su esencia había muerto ya (Ugarte, 1911, p. 13).

Si bien en el texto aquí seleccionado no deja de señalarse el carácter inevitable del reemplazo de unas civilizaciones por otras, su autor, se esfuerza en negar la distinción entre razas superiores e inferiores como clave interpretativa del pasado nacional para concluir que la presencia originaria debe ser reconocida como elemento de nuestra raza en formación. Así dirá:

Algunos arguyen que desde el punto de vista de nuestro porvenir debemos felicitarnos de ello. Pero hoy no cabe el prejuicio de los hombres inferiores. Todos pueden alcanzar su desarrollo si los colocamos en una atmosfera favorable. Y aunque las muchedumbres invasoras han minado el alma y la energía del indio, no hay pretexto para rechazar lo que queda de él. Si queremos ser plenamente americanos, el primitivo dueño de los territorios tiene que ser aceptado como componente en la mezcla insegura de la raza en formación (Ugarte, 1911, p. 14).

Nótese al respecto la inversión de sentidos que esboza el autor al señalar a los conquistadores como “muchedumbres”, expresión que dentro de la tradición positivista refería a los inmigrantes a partir del proceso aluvial de poblamiento del “desierto”. Al mismo tiempo, afirma la existencia de una presencia originaria en nuestra población a los que define como propietarios primitivos de las tierras de una raza que Ugarte, retomando en este sentido elementos de la tradición positivista, ubica en el futuro, continuando así con la matriz evolucionista.

En relación al componente español señala la necesidad

de una reconciliación con esa tradición, aunque no deja de denunciar también los errores y excesos de los conquistadores en el continente. De todos modos, en la perspectiva de Ugarte (1911) predomina una mirada centrada en la construcción de un proyecto a futuro, España y su población son incluidas así como elementos fundamentales al afirmar que su inmigración comparte por herencia con nuestro gaucho la llaneza y el amor propio, como asimismo “la hospitalidad, el horror a la hipocresía y la abundancia verbosa y grandilocuente” (p. 11).

Como señalan otras investigaciones precedentes, el reconocimiento del indígena y la aceptación del aporte ibérico como elementos fundamentales de la “patria superior” ugartiana, inauguran una nueva etapa en la historia de las ideas latinoamericanas en la medida que hasta entonces el indígena era considerado “parte de la naturaleza, al margen del progreso y la razón” (Barrios, 2007). Asimismo, este reconocimiento de los pueblos originarios va de la mano de la recuperación hispánica, al reivindicar el legado de la península como herencia decisiva en el espíritu fundacional de la nacionalidad continental.

La figura del mestizo tampoco queda excluida de su análisis y a él le reserva un lugar importante en la historia del país, en tanto es analizado como sujeto político que colaboró con los procesos independentistas primero, y quien, luego, defendió las luchas de los caudillos que se enfrentaron a “la tiranía de los puertos y el espíritu absorbente de sus representantes” (Ugarte, 1911).

De este modo, su escritura introduce la idea de América Latina como identidad en construcción de la que

forman parte tanto los pueblos originarios como españoles y mestizos. Respecto a la “población negra” señala su presencia, y denuncia la esclavitud para indicar que las ideas libertarias no supusieron para este grupo el camino hacia la igualdad. En relación a los “mulatos” señala los conflictos étnicos entre éstos y la población negra, aun cuando ambos grupos formaran parte de los sectores más perjudicados por el orden colonial primero y el liberal después.

Como puede advertirse, la obra de Ugarte entabla un dialogo con las preocupaciones que expresan las publicaciones de otros intelectuales que, por estos años, están expresando una crítica a las definiciones positivistas de la identidad nacional. De este modo, va a concluir que el criollo constituye una categoría que ya no puede reducirse a los hijos de españoles nacidos en América sino, de manera más general, a todos lo que se han integrado al territorio.

Sin embargo, ese sujeto social no ha nacido aun, Ugarte plantea que se encuentra en proceso de formación. ¿Quiénes son entonces los criollos? Para el autor, el término debe utilizarse en un sentido muy amplio e incluye por igual:

Al descendiente directo de españoles que ha conservado su sangre pura de todo contacto con los emigrados y con las razas aborígenes, al mestizo y al mulato, a los indios y negros puros que han nacido en la región y se han atado a su destino, a los nacidos en el país de extranjeros inmigrados de la misma nacionalidad, a los nacidos de la alianza del descendiente directo de español con el extranjero inmigrado; a los productos del cruce del extranjero inmigrado

con el indio, el negro y sus derivados, a los nacidos en el país de padres extranjeros de diferente nacionalidad; a los extranjeros que han llegado muy jóvenes y se han adherido al país... (Ugarte, 1911, p. 56).

Tal como proponía la nación blanca de Ingenieros, la identidad argentina y americana no puede quedar reducida a uno de sus elementos. Retomando la idea de mestizaje e hibridación, subyace una fuerte confianza en el porvenir del continente en la medida que los americanos reconozcan la presencia de estos elementos fusionados. Asimismo, reivindica la posibilidad de una transformación en la medida que no se vislumbra en sus planteos el determinismo biologicista característico de los enfoques positivistas. Como nos recuerda Altamirano (2005), Ugarte va a discutir con aquellos autores que encontraban en los atavismos de la raza el atraso de la región. Por el contrario, los motivos de la desigualdad entre la América latina y la anglosajona deben buscarse en razones de dominación económica y no racial.

Las desviaciones de detalle que advertimos entre los nacidos al borde del Plata o al borde del Orinco, entre los que miran al Pacífico y los que se bañan en el Atlántico [...] no interrumpen la armonía y la homogeneidad del conjunto. Nos encontramos pues en presencia de una extensión de más de veinte millones de kilómetros cuadrados, donde se acumula una raza que es, en conjunto, una resultante de la fusión latina (Ugarte, 1911, p. 69).

Continuando con una tradición de discurso que empezaba a redefinir la sinonimia entre americanidad y europeidad, Ugarte discute directamente en su obra con aquellos planteos que analizan la grandeza o decadencia de las naciones por la presencia o ausencia de elementos blanco-europeos. Reconociendo asimismo la influencia positiva que los países latinos han tenido en América, acepta la tradición hispánica como asimismo la influencia de las ideas francesas en nuestro desarrollo civilizatorio sin por esto dejar de insistir en la necesidad de recuperar nuestro pasado.

Tengamos la audacia de cargar con el pasado y confesar lo que somos [...] tratemos de cohesionar las moléculas, utilizando del mejor modo posible nuestras características y nuestra composición. La alianza con el primer ocupante, lejos de ser nociva, es útil, no sólo porque nos hace, por así decirlo, herederos de los primeros propietarios de la tierra, sino porque tiene que rejuvenecer la estirpe, infundiéndole algo de la firmeza, la salud y la sinceridad de Moctezuma o Guatemozín, de quienes nadie puede avergonzarse (Ugarte, 1911, p. 72).

La interpretación de la realidad argentina que presenta Ugarte niega la presencia del conflicto racial en nuestro país, característico para el autor de la sociedad norteamericana. Por el contrario, realiza una descripción de los países latinoamericanos como despojados de ese tipo de problemas y los caracteriza como territorios que han integrado a todos los elementos raciales que la componen de manera hospitalaria. Finalmente, fiel a una larga tradición

ilustrada que encuentra en la educación una herramienta fundamental para modelar a la raza del porvenir, deposita sobre ella las esperanzas del futuro. En este sentido, la propuesta de Ugarte es democrática y se inscribe en aquellas miradas que por estos años propugnan la ampliación del sufragio como asimismo la educación política del soberano.

A modo de cierre

Durante los primeros años del siglo XX argentino la pregunta por la raza desveló a nuestros intelectuales locales. Lo que podríamos sintetizar en la expresión “versión positivista del problema racial” presenta sus complejidades en la medida que el mismo término positivismo introduce una heterogeneidad de ideas, influencias y autores tan amplia y diversa que parece confundir más que aclarar algo sobre la cuestión. Por eso, quizás sea mejor hablar de respuestas a la pregunta por la raza que se inscriben en aquello que Terán (2001) denominó como cultura científica para referirse al “conjunto de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad de sus propias argumentaciones” (p. 9).

Reconociendo a Ingenieros como a una de las voces autorizadas a decir “la raza”, sus planteos formularon una lectura excluyente de la nacionalidad en la medida que la identidad argentina quedaba despojada de toda referencia a las clasificadas entonces como “razas inferiores”. La mezcla racial es –desde esta perspectiva– una tara que será superada como consecuencia del arribo de la población blanca de origen europeo.

Si bien Ugarte comparte con Ingenieros un vocabulario y un discurso que bien cabe incluir dentro de esa tradición científica propia de las élites argentinas del período bajo análisis, se aleja de las interpretaciones que buscan analizar los problemas de la región en clave racial. Ugarte ilumina sobre nuestra originalidad a partir de la idea de fusión racial y propone una mirada optimista sobre el futuro de los países de la región sin ignorar sus problemas, pero, analizándolos en términos de relaciones políticas.

Se trata de dos miradas que, circunscriptas en nuestro trabajo a textos singulares, deberán ser analizadas en el marco de reflexiones posteriores sobre problemas y preguntas nuevas que, seguramente, complementarán nuestro abordaje sobre las propuestas de ambos intelectuales en el período bajo estudio y en los textos aquí seleccionados.

Bibliografía

- Alberdi, J.B. (1974). *Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Plus Ultra.
- Altamirano, C. (2005). *Para un Programa de Historia Intelectual y Otros Ensayos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Ansolabehere, Pablo (2012). Escrituras de la Barbarie. En N. Jitrik y A. Amante (Directores), *Historia Crítica de la Literatura Argentina* (pp. 237-258). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Emecé.
- Biagini, Hugo (2007). América Latina, continente enfermo. *Polis* [En línea], 16. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/polis/4665>
- Degiovanni, F. (2007). *Los Textos de la Patria: Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo.

- Fernández Bravo, A. (2000). *La Invención de la Nación*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Fernández, C. (2009). *Las Crónicas de José Ingenieros en La Nación de Buenos Aires*. Mar del Plata, Argentina: Editorial Martín.
- Ferrás, G. (2006). Extranjero, raza y simulación en el pensamiento de José Ingenieros. *Co-herencia*, 3 (4), 139-163.
- Ingenieros, J. (1961). *Obras Completas*, tomo VI. Buenos Aires, Argentina: Mar Océano.
- Merbilhaá, M. (2011). Claves racialistas y reformistas en la invención de un nacionalismo continental. *El porvenir de la América latina (1911)*, de Manuel Ugarte. *Anuario de Estudios Americanos*, 68(1), 191-221. doi:<http://dx.doi.org/10.3989/aeamer.2011.v68.i1.537>
- Quijada, M. (2004). De mitos nacionales, definiciones cívicas y clasificaciones grupales. Los indígenas en la construcción nacional argentina. Siglos XIX a XXI. En W. Ansaldi (Coord.), *Caleidoscopio Latinoamericano: imágenes históricas para un debate vigente* (pp. 425-450). Buenos Aires, Argentina: Ariel.
- Sarasola Martínez, C. [2013 (1992)]. *Nuestros paisanos los indios*. Buenos Aires, Argentina: Del Nuevo Extremo.
- Sarmiento, D. F. [1915] (1883). *Conflictos y Armonías de las Razas en América*. Buenos Aires, Argentina: La Biblioteca Argentina.
- Segato, R. (2010). Los Cauces Profundos de la Raza Latinoamericana: una relectura del mestizaje. *Crítica y Emancipación*, 3 , 11-44.. Recuperado de: <http://pdfhumanidades.com/sites/default/files/apuntes/97%20-%20Segato%2C%20Critica%20y%20emancipacion%20COM-PLETO.pdf>
- Taguieff, P. A. (2010). Introducción. *El color y la sangre: doctrinas racistas a la francesa. Cuaderno de trabajo AFRODESCI EURESCL, Estudiar el racismo. Textos y herramientas*, 8, 21-35.
- Terán, O. (2001). *Vida Intelectual en el Buenos Aires Fin de Siglo (1880-*

- 1910): *Derivas de la Cultura Científica*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810–1980*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Ugarte, M. (1911). *El porvenir de la América Latina*. Valencia, España: F. Sempere y Compañía Editores.
- Zimmermann, E. (1995). *Los Liberales Reformistas: la cuestión social en la Argentina 1890–1916*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.